700 km a través de Chubut

La cabalgata en homenaje a los Rifleros de Fontana

Durante la primavera de 1885, en lo que hoy es la Provincia del Chubut, una expedición de treinta hombres al mando del Comandante Luis Jorge Fontana partió desde Rawson, sobre el Atlántico, hacia los Andes. Llevaban casi trescientos caballos, armas y provisiones para una larga marcha por territorio desconocido.

Rumbo a Paso del Sapo.

Eran los Rifleros, integrados mayormente por colonos galeses (llegados veinte años antes a la Patagonia) junto con algunos argentinos y hombres de otras nacionalidades.

Luego de andar poco más de un mes, el 25 de noviembre arribaron al “Cwm Hyfryd” (en galés, Valle Encantador, que hoy contiene a Trevelin y Esquel), la fértil y hermosa tierra que tanto le habían ponderado a los galeses sus “hermanos del desierto”, los tehuelches. Premiando este esfuerzo, el Gobierno Nacional otorgó una legua cuadrada del valle a cada uno de los expedicionarios. Poco tiempo después volverían con sus familias para instalarse allí y dar vida a la flamante Colonia 16 de Octubre. No pasaron muchos años antes de que este asentamiento argentino desempeñara un papel decisivo en el arbitraje que la Corona Británica resolvió en 1902 según el criterio de la ocupación real del territorio en disputa, otorgando a nuestro país ésas y otras tierras, y de esta manera poniendo fin en forma pacífica al diferendo limítrofe con Chile.

Todos los 24 de noviembre la actual Compañía de Rifleros del Chubut, una asociación civil compuesta por descendientes de los Rifleros originales, efectúa una cabalgata conmemorativa hasta el peñasco de la Sierra Colorada desde donde los expedicionarios de 1885 avistaron el Valle por primera vez. Los treinta Rifleros se visten de época para la ocasión, llevando caballos de carga y sus armas al hombro. Según los años, participan hasta unos cien jinetes, incluyendo en algunas ocasiones algunos visitantes ilustres. Se les suma, siempre, la Asociación Gaucha local.

Por mi trabajo junto con Sergio Sepiurka para la edición del libro “Rocky Trip”, comencé a participar en este evento hace tres años. La primera vez lo hice con el motivo de obtener buenas fotos para nuestro libro, y las veces subsiguientes por el puro placer de experimentar la cabalgata en sí y la atmósfera que la rodea.

Pero en 2005 se cumplían 120 años de la expedición de Fontana, y surgió la idea de recorrer todo el tramo desde Rawson hasta Trevelin, una distancia que –siguiendo aproximadamente la ruta de entonces– supera los

Hacia Arroyo Pescado.

En el fondo: la Piedra Fontana.

setecientos kilómetros. Esto ya había sido hecho antes por grupos más o menos pequeños, pero esta vez, dado el carácter especial del evento, se ambicionaba reunir los treinta jinetes necesarios para emular la expedición original.

Una cabalgata de estas características (ver mapa) planteaba todo un problema de logística: siendo los integrantes todos cordilleranos, había que comenzar por transportar los caballos en camión desde los Andes hasta Rawson, cumpliendo con las correspondientes exigencias sanitarias y legales; debíamos depositar fardos de pasto donde éste fuera escaso en las paradas del futuro viaje; a diferencia de los Rifl eros de 1885 nosotros obviamente no podríamos organizar partidas de caza en busca de avestruces, maras y guanacos, por lo que nuestras comidas diarias y el transporte de las provisiones debían resolverse de otra manera, y un sinnúmero de otros detalles.

Finalmente, fuimos veinte los de la partida. Nuestros cuarenta caballos fueron herrados y atendidos sanitariamente en la cordillera y luego transportados hasta su lugar de concentración en el zoológico de Rawson, donde quedaron pastando bajo la mirada fi ja de tigres y leones. A través de la Secretaría de Cultura de la provincia, se contrató a un equipo de Gendarmería Nacional que nos acompañó todo el viaje, preparándonos una excelente comida y proveyéndonos agua potable.

Eramos un grupo heterogéneo, incluyendo gente de diversas ocupaciones y edades entre 18 y 77 años. Peones, patrones, funcionarios, profesionales y empleados se convirtieron por casi un mes en la misma cosa: honrosamente, Rifl eros. Todos teníamos experiencia ecuestre, pero algunos, más que andar bien, demostraron ser “bien de a caballo” y fueron una fuente de asesoramiento permanente para los que teníamos una experiencia más acotada. Se nos sumó, con entusiasmo, un joven actor de Gales quien vino a fi lmar su aventura con nosotros.

El 1º de noviembre salimos por el camino de las chacras en el Valle Inferior del Chubut, rodeados de un verde paisaje de frutales y alfalfares, pero enfrentando el mayor inconveniente en esta parte de la travesía: el calor y los mosquitos. Desde las chacras mucha gente saludaba nuestro paso, algunas personas con su corazón argentino y galés emocionado. Ese día hicimos 50 kilómetros, cabalgando unas doce horas hasta nuestra meta en las afueras de Gaiman. Al pasar por esta localidad desfi lamos por sus calles sorprendiendo a sus habitantes, el presidente de la asociación portando una gran bandera argentina como es costumbre de los Rifleros. A partir de esta etapa ya se fue perfi lando el carácter inevitablemente competitivo que tendría la travesía: por las mañanas, quien era más rápido para desarmar campamento y ensillar partía primero, y el que tenía un caballo más “tranqueador” lo hacía valer, a veces anticipándose largamente a los demás en su llegada al fi nal de la etapa del día. Esto impuso un duro ritmo a la travesía que a mí, personalmente, me resultó inesperado, pero a la postre estimulante.

Las jornadas se fueron sucediendo en tramos variables de 25 hasta 70 kilómetros, a veces insumiendo trece horas de marcha y otras bastante menos. Nos tocó viento, lluvia, granizo, y debimos soportar el intenso calor que, al sol, irradiaban las monolíticas bardas de roca que bordean parte del camino. En contraste con el viaje de antaño, el terreno hoy se encuentra mayormente alambrado, por lo que frecuentemente debimos ceñirnos a cabalgar siguiendo las rutas, a veces pavimentadas y otras de ripio, casi siempre poco transitadas y con banquinas muy pedregosas. Por las noches algunos armaban su cama al sereno, mientras que otros llevamos una pequeña carpa. Las etapas pueden verse en el mapa del viaje (descargar archivo); en cuanto al grupo, fueron de la partida (sus edades a continuación de cada nombre):

Eduardo Andino Miguens - 67 (presidente de la Asociación)
Jorge Wilson Thomas - 62
Eduardo Antonio Miguens - 39
Omar Itxassa - 52 (guía)
E. Gabriel Davies - 36
Trevor Williams - 68
Héctor Garzonio - 77
Mario A. Miguens - 37

Oscar Kansas Jones - 57
Nantlais Evans - 71
Miguel Julián - 24
Vicente Evans - 76
Guatavo Morales - 34
Harry Lukens - 23
Marcos Pinto - 44
Damián Evans - 18
Tomás Rosales - 38
Matthew Rhys - 31 (el actor galés)
José Calvo - 58
Jorge Miglioli - 57
Ronal Eibion Davies - 42 (quien nos acompañó de a pie)

Llegando a la Piedra

Y bien, un poco más de tres semanas luego de la partida llegamos a Trevelin, a tiempo para la ceremonia del 24 de noviembre y los festejos y desfile del 25. El viaje fue para mí una experiencia inolvidable. Aprendí a mirar el paisaje de otra manera, al ritmo avaro del caballo que sólo entrega un kilómetro cada ocho a diez minutos. A esa velocidad, con el transcurso de las horas uno siente que es parte del paisaje y no un mero espectador. Las Plumas, Cañadón Carbón, Los Altares, Piedra Parada y hasta la misma inmensidad de la meseta solitaria adquieren una "nueva" dimensión, que no es otra que la que conocieron los pioneros hace más de cien años. Me di cuenta también que al compartir tantas horas de esfuerzo con otras personas uno termina por conocerlas como realmente son. Y me sorprendí por el amor que uno le toma a sus *pingos*. No importa cuánto uno los haya maldecido por sus mañas en algunos momentos difíciles, ellos fueron nuestros nobles, indispensables socios en el rigor del viaje. Por más cansados que hayamos estado al fin de cada etapa, los caballos siempre tuvieron prioridad. Solamente luego de haberlos acomodado bien, con pasto y agua fresca a su disposición, pudimos ocuparnos de nuestra persona y de armar el campamento. El suave relincho con que nos recibían cuando nos veían acercar portando un fardo de alfalfa fue su mejor agradecimiento.

De vuelta en casa, a mí me tomó varios días readaptarme del todo a la vida normal. Luego me enteré de que a otros les pasó lo mismo.

Jorge Miglioli

PD: El 22 de abril de 2006 ocho de nosotros ensillamos nuevamente para salir desde Trevelin y subir hasta la Piedra Fontana en la Sierra Colorada. Esto era necesario para terminar nuestro viaje de 2005, ya que en esa oportunidad llovía a cántaros y la ceremonia correspondiente se realizó en la escuela Histórica Nº 18 (en esas condiciones, nadie podía esperar que el público subiera hasta la roca para ver cómo las autoridades nos entregaban nuestros diplomas). Pero el viaje había sido filmado para un documental, y el productor insistía en que la escena final de los Rifleros mirando el valle desde las alturas era fundamental. Y así se hizo, en una gloriosa tarde de otoño con el valle dorado y con la ayuda de un moderno helicóptero.